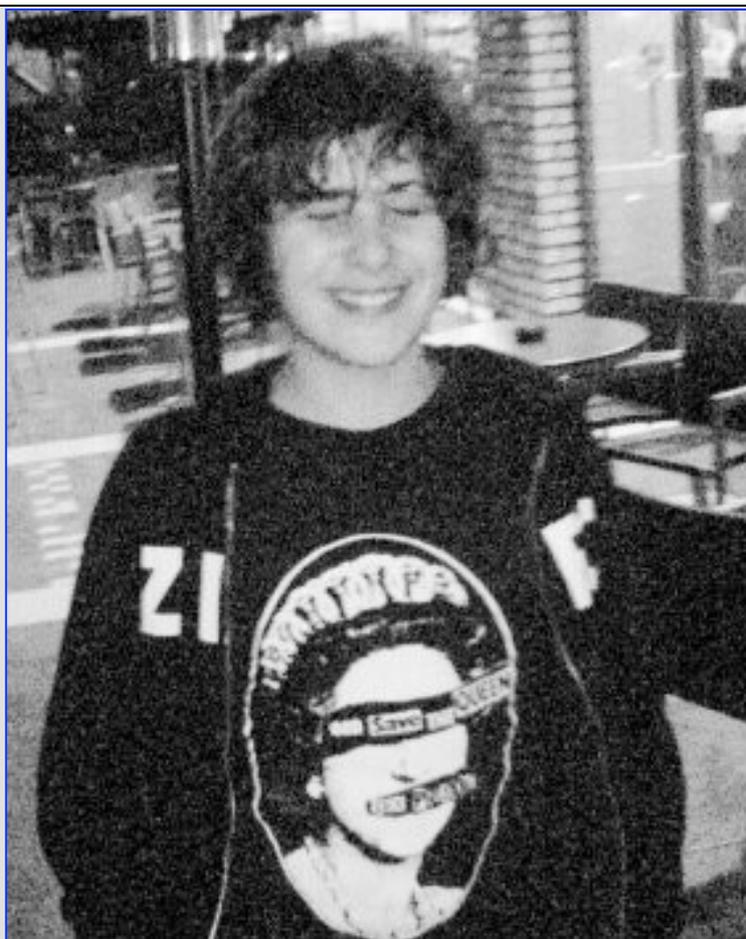


SOBRE / CONTRA LA CRISIS



LA REBELIÓN DE GRECIA ...

1.- La rebelión de Grecia

Por: VALIA KAIMAKI Periodista.
Atenas.

Publicado en Le Monde
Diplomatique en español, enero de
2009
(Facilitado por Frank Mintz)

2.- A propósito de lo de Grecia: El malestar en la Sociedad del Bienestar, por Luis Mercier Vega

publicado por tsekub el 10 de Febrero de 2009 en:
<http://isladelatortuga.fullblog.com.ar/post/a-proposito-de-lo-de-grecia-el-malestar-en-la-soc-321234281425>

El sábado 6 de diciembre del 2008, un adolescente de 15 años llamado Alexandros Grigoropoulos fue asesinado, en circunstancias no esclarecidas, por la policía en Atenas

La rebelión de Grecia

(Le Monde Diplomatique en español, enero de 2009)

Por VALIA KAIMAKI Periodista. Atenas

Después del asesinato en Atenas del joven de 15 años, Alexis Grigoropoulos, por un policía, el 6 de diciembre último, estudiantes de secundaria y universitarios, al grito de "¡Estado asesino!"; invadieron las calles de varias ciudades de Grecia. Estas manifestaciones espontáneas, coordinadas mediante teléfonos móviles, mensajes de texto o correos electrónicos, dieron lugar, durante vanos días, a una explosión de rabia inusitada y a violentos encontronazos con las fuerzas del orden. Mientras se tambaleaba el gabinete de Kostas Karamanlis, los demás Gobiernos europeos temían que el desorden se extendiera a sus propias sociedades.

"Amigo, bienvenido al campo de las luchas sociales. A partir de ahora debes protegerte a ti mismo y también debes proteger tus luchas". Esto es lo que respondió el decano de la vida política griega, el octogenario Leónidas Kyrkos, personaje clave de la izquierda, a la pregunta "¿Qué le diría usted a los jóvenes que se amotinan?".

Esta rebelión tiene como origen múltiples factores, entre los cuales la represión policial es sólo la más inmediata: de hecho. Alexis no fue la primera víctima, aunque sí la más joven. El terreno fértil que ha favorecido el amotinamiento es, claro, la crisis económica que golpea duramente a Grecia incluso antes de que la tormenta mundial hiciera sentir sus efectos en octubre y noviembre pasados. A eso se suma una crisis política profunda, a la vez sistémica y moral que, provocada por la ausencia de transparencia en la acción de los partidos y de los dirigentes políticos, ha derivado en una grave falta de confianza hacia todas las instituciones del Estado.

El asesinato de Alexis no fue en absoluto un "error": su nombre se agrega a la larga lista de asesinatos y torturas impunes cometidos por miembros de las fuerzas del orden contra manifestantes o inmigrantes. En efecto, en 1985, otro joven de quince años, Michel Kaltezas, fue asesinado por un policía, que luego fue absuelto por un sistema judicial con más agujeros que un colador. Las fuerzas del orden atenienses no actúan de manera distinta a como lo hacen sus homólogos de otros países de Europa. Pero en Grecia, las heridas de la dictadura de los coroneles (1967-1974) siguen abiertas. El inconsciente colectivo no ha olvidado esa noche que duró siete años: esta sociedad no perdona tan fácilmente como otras.

Esa es una de las grandes diferencias con los acontecimientos de los suburbios franceses en 2005, que le permitieron al futuro presidente Nicolas Sarkozy, entonces ministro del Interior, sacar las castañas del fuego sosteniendo un seductor discurso sobre "la ley y el orden". Los griegos, en cambio, forman un frente unido contra la represión, que hace oscilar los fundamentos del Gobierno de derechas de Kostas Karamanlis.

A la cabeza de la alianza amotinada se encuentra una generación muy lejos de ser

adulta. Y con razón. La vida cotidiana de los estudiantes de secundaria se caracteriza por una escolarización intensiva, cuyo objetivo principal consiste en conseguir matricularse en la Universidad.

La selección es severa; los jóvenes se preparan desde los 12 años. Pero luego de obtener sus diplomas, los felices elegidos descubren la realidad de la vida después de la Facultad: en el mejor de los casos, un empleo precario de 700 euros al mes.

En Grecia existe, desde hace mucho tiempo, esta "generación de 700 euros". Algunos de sus miembros se agrupan en una asociación llamada precisamente "Generación 700", o "G700", que se esfuerza por hacer oír su voz y por ofrecer servicios jurídicos gratuitos. Porque incluso los que tienen la "suerte" de cobrar esos 700 euros trabajan con contratos extremadamente precarios. Hasta el contrato eventual (por servicio determinado o por circunstancias de la producción) es aquí una excepción, ya que da lugar a la seguridad social, a un mes de aguinaldo, a indemnizaciones en caso de despido, etc. En cambio, los "subcontratistas", frecuentes hasta en los servicios públicos, están fuera del derecho ordinario del trabajo. Más que de "trabajo precario", se habla en Grecia de "alquiler" de trabajadores.

Para denunciar esa violencia cometida a diario contra su generación los jóvenes se han amotinado brutalmente. "Los índices de evaluación de la situación económica actual y de las expectativas futuras de los ciudadanos han bajado a un nivel récord –observa Stratos Fanaras, presidente ejecutivo del Instituto de Estudios Estadísticos MetronAnalysis-. La gente está muy decepcionada y no espera que la situación mejore. Y esto ocurre con independencia de la clase social, de su nivel de educación o de su sexo. La propia Fundación de Estudios Económicos e Industriales, que publica un informe mensual desde 1981, constata también un nivel excepcionalmente bajo del índice del clima económico."

En este ambiente angustioso, las personas comunes no disponen de los instrumentos necesarios para analizar la situación. Pero la violencia policial los saca de la pasividad, y ayuda a definir los bandos. Habitualmente desorientados, "perciben el asesinato como algo que se inscribe claramente en una lógica maniquea -prosigue Fanaras-. Esta tragedia les permite volver a distinguir el mal del bien y, por lo tanto, tomar partido".

Pero este compromiso no tiene verdaderamente relación con la política, porque el sistema y los partidos están totalmente desacreditados ante los jóvenes. Tres familias políticas dominan la escena griega desde los años 1950. Los dos grandes partidos -la Nueva Democracia (derecha) y Pasok (socialistas) se reparten el poder. En cuanto al Partido Comunista (KKE, llamado "del exterior"), su tradición estalinista (1) le impide aparecer como una fuerza en condiciones de ofrecer soluciones alternativas.

CORRUPCIÓN, SOBORNOS, NEPOTISMO

Syriza, en cambio, una coalición de los movimientos de la izquierda radical provenientes principalmente del Partido Comunista llamado "del interior", que fue creada en 1968, sabe comunicarse mejor con los jóvenes. Eso explica su espectacular incremento de popularidad: aunque sólo obtuvo un modesto 5,04% de los sufragios en las elecciones legislativas de septiembre de 2007, seis meses más tarde las encuestas le asignaban un 13% de intención de voto. La elección de un hombre joven, de 33 años, Alexis Tsipras, para presidir la Coalición de la Izquierda y el Progreso, el componente principal de Syriza, contribuyó ampliamente a este ascenso. Sus tomas de posición originales sobre los problemas actuales, pero también sus "golpes mediáticos" (como la elección de una joven inmigrante para acompañarlo a la gran recepción del Presidente) le ganaron los favores de una parte de la juventud. Incluso después de su "normalización" en las encuestas de opinión, Syriza ostenta hoy un 8%, muy por delante del KKE. incapaz de comprender este enorme cambio.

Esta rivalidad por la supremacía en el seno de la izquierda contestataria impulsó a los comunistas a aprobar al Gobierno de la Nueva Democracia y de la Alarma Popular Ortodoxa (LAOS, extrema derecha) (2) cuando éstos denunciaron públicamente a Syriza como "un refugio de pendencieros". Les hacía falta un chivo expiatorio para desviar la opinión del debate sobre las verdaderas causas de la crisis. En lo que se refiere al socialdemócrata Pasok, prefiere callarse, con la esperanza de volver al poder más pronto de lo previsto.

El Gobierno tiene una gran responsabilidad. Elegidos por primera vez en 2004, prometiendo instaurar la transparencia, el primer ministro Kostas Karamanlis y su equipo están enredados en escándalos más graves que los de sus predecesores: sobornos, lujos, nepotismo, corrupción; nada falta. El último de la lista tiene que ver con una venta ilegal de tierras de propiedad de la nación a los monjes del Monte Athos, cuyos responsables siguen sin conocerse. Por lo tanto, los jóvenes tienen razón cuando consideran que, en Grecia donde reina la corrupción, nadie corre el riesgo de ser castigado.

Con el rostro oculto por un pañuelo o una capucha -se les llama, de hecho, "los encapuchados"- los manifestantes más radicales, que "rompen" e incendian, gustan de encontrarse en la plaza Exarjia, en el centro de Atenas, el lugar donde Alexis perdió la vida. La policía sueña con vengarse de ellos, sobre todo porque este "Greenwich Village" a la griega está situado al lado de la Escuela Politécnica; sitio emblemático donde, en 1973, la juventud ya libró una batalla decisiva contra la dictadura. Allí los enfrentamientos entre anarquistas y fuerzas del orden poseen una vieja tradición.

Las imágenes difundidas por las televisiones del mundo mostraban sobre todo los fuegos que habían encendido estos grupos. Sin embargo, el espectador advertido habrá notado diferencias notables con relación al espectáculo habitual. En primer lugar, las multitudes de "vándalos" eran mucho más densas que en otros lugares. Además, no operaban sólo en Atenas, sino también en una pléyade de ciudades. Y, por añadidura, la violencia urbana se prolongó durante bastantes días. Lo que significa que, en esta ocasión, una gran masa de jóvenes participó en la revuelta, muchos de los cuales no habían tenido hasta ese momento ningún contacto con el anarquismo. Detrás de las ba-

rricadas erigidas en todas partes se encontraban incluso adolescentes de 13 y 14 años.

El Gobierno resaltó la presencia de los "encapuchados" para evocar un "atentado contra la democracia". ¿De qué democracia nos están hablando?, replicaron los manifestantes. Indudablemente, los estudiantes de secundaria y primaria atacaron los puestos de policía con piedras. Otros, es verdad, participaron en la destrucción de sucursales de bancos. Pero el Gobierno, unos días antes, indiferente al hecho de que centenares de miles de griegos se hundieran en la miseria, les había ofrecido a esos bancos un hermoso paquete de 28.000 millones de euros. Y, simultáneamente, esos mismos bancos delegaban en despiadadas empresas privadas de cobro la recuperación por todos los medios de los pequeños créditos, insultando, amenazando y confiscando...

Sin embargo, aunque parezca sorprendente, la cólera de los jóvenes, a menudo violenta, no está politizada. En realidad, no debiera extrañar ¿puede ocurrir de otra manera cuando los propios partidos, con excepción de la extrema izquierda, hacen oídos sordos a las exigencias del movimiento?

"Ni diálogo abierto, ni siquiera un mensaje recibido, ninguna conclusión extraída. Como si se tratara de esperar que los jóvenes se cansen de `romper" para que la revuelta llegue a su fin". señala el analista Stravos Fanaras. Para él, muchos manifestantes vuelven tal vez a sus casas... hasta la próxima provocación-pretexito. Otros integrarán el semillero de los grupos violentos. "Eso ya ocurrió después del asesinato de Michel Kaltezas", confirma el ex periodista Alexandre Yiotis, un viejo anarco-comunista, antaño activista en este tipo de movimientos en Francia, España y Grecia. Y agrega: "Engrosaron especialmente las filas de la organización terrorista 17 de Noviembre". Ya retirado de la acción, de todas maneras Yiotis observa que la mayoría de las banderas agitadas en las manifestaciones unían el rojo y el negro.

En la propaganda oficial transmitida por los medios de comunicación, sobre todo la televisión, hay dos elementos que sorprenden. Primero, el papel de los inmigrantes en los acontecimientos. Se dijo que el pillaje de los negocios incendiados había sido hecho por "inmigrantes hambrientos". La televisión incluso señaló que, en Asia, "era una práctica corriente: manifestar, romper, robar". Se negaban a admitir que los elementos violentos fueran antes que nada puros griegos, autóctonos, sublevados contra un sistema político corrupto y desgastado. Y si algunos gitanos rumanos habían tomado parte en las depredaciones, fue sobre todo para vengar a los suyos, víctimas olvidadas de la represión policial ordinaria...

Multitudes hambrientas -de griegos, principalmente- se entregaron al pillaje. "Un fenómeno nuevo -observa un estudiante-. Antes, en las manifestaciones, estudiantes y sindicatos iban a la cabeza, luego desfilaban los partidos políticos, con Syriza a la cola. Después venían los anarquistas y, cuando el clima se calentaba, se metían en las filas de Syriza... y todo el mundo era molido a palos. Ahora, después de los anarquistas, va un último bloque: el de los hambrientos. Inmigrantes, toxicómanos, okupas, sin techo, desesperados; saben que en las manifestaciones encuentran comida".

Segundo invento del poder y de los medios de comunicación: "ciudadanos encolerizados" se habrían organizado para defender la ley y rechazar a los saqueadores. Sucedió lo contrario: trataron de expulsar... ¡a la policía antidisturbios! Pequeños

comerciantes gritaban a los uniformados que se fueran, mientras algunas personas que pasaban se arrojaban sobre ellos para liberar a los escolares detenidos. Conscientes de que no era posible mantener a los chicos en la casa, padres y abuelos salieron con ellos a la calle para protegerlos... y manifestar también su ira. El mundo al revés...

¿Será un movimiento duradero? "Dado que la crisis económica mundial llegará pronto, que una gran parte de la juventud seguirá siendo marginada, que la situación de la educación no mejorará, y que no veremos pronto el final de la corrupción política, el fuego seguirá nutriendo el incendio", señala el periodista y analista político Dimitris Tsiodras.

Y ya no se trata sólo de Grecia. El movimiento ha logrado "exportarse" o, más simplemente, ha convergido con otros. Por una buena razón: el hecho de que esta generación sea la primera, desde la Segunda Guerra Mundial, que no espera vivir mejor que sus padres no constituye un fenómeno exclusivamente griego, bien lejos de eso...

VALIA KAIMAKI

1) Hasta el punto de ubicar la muerte de la Unión Soviética en 1956, año del XXº Congreso del Partido Comunista Soviético, teatro del informe secreto de Nikita Kruchev y del inicio de la desestalinización.

2) Con este partido racista y antisemita la extrema derecha voroió al Parlamento en 2007, por primera vez desde 1974.

A propósito de lo de Grecia: El malestar en la Sociedad del Bienestar, por Luis Mercier Vega.

publicado por tsekub el 10 de Febrero, 2009 en:

<http://isladelatortuga.fullblog.com.ar/post/a-proposito-de-lo-de-grecia-el-malestar-en-la-soc-321234281425>

El sábado 6 de diciembre del 2008, un adolescente de 15 años llamado Alexandros Grigoropoulos fue asesinado, en circunstancias no esclarecidas, por la policía en Atenas (sí, Atenas, la de Pericles y Sócrates). El hecho sirvió como detonante para el estallido de una larga serie de protestas y disturbios en toda Grecia (sí, Grecia, la cuna de nuestra civilización). Protestas que abarcaron todo el mes de diciembre y que incluyeron destrucción de bancos, saqueos, ocupación de estaciones de radio y televisión y enfrentamientos con la policía.

Aunque hoy la intensidad de estas algaradas ha disminuido, existen varios hechos dignos de ser destacados. En primer lugar, la brutalidad de la policía griega, sorprendente en las fuerzas del orden de un país de la Unión Europea, supuestamente "civilizado y democrático". La misma reacción que generó el hecho indica que el mismo no se trata de

algo aislado.

En segundo lugar, la destacada participación del movimiento anarquista en las protestas. Esto no quiere decir que el movimiento tenga un carácter única o predominantemente anarquista pero sí que los grupos anarquistas se han hecho presentes en prácticamente todas las protestas en toda Grecia, lo que parece indicar la existencia de un movimiento de alcance nacional, de considerable actividad y, probablemente, con cierta vinculación con la vida nacional.

En tercer lugar, la escasa cobertura que los medios han brindado al hecho, limitándose a transmitir informaciones tan trascendentales como “prosигuen los disturbios en Grecia”. Se diría que una serie de disturbios de altísima violencia, desarrollados por más de un mes en un país del Primer Mundo no tienen ninguna importancia.

Y, por último, lo más importante: Estos disturbios, como ya dije, se han desarrollado en un país del Primer Mundo, de la Unión Europea, en el seno de la sociedad del consumo y el bienestar y no, precisamente, entre trabajadores inmigrantes u otros sectores marginados que deseen incorporarse a los beneficios de esa sociedad sino, precisamente, entre los ciudadanos de pleno derecho (jóvenes, sobre todo, pero no únicamente), provenientes tanto de la clase obrera como de la clase media. Esto plantea una pregunta interesante: ¿A qué se debe este súbito estallido de malestar? ¿Subsiste la cuestión social, subsiste alguna forma de conflicto asalariado-patronal en el capitalismo avanzado o se trata de un nuevo conflicto, con causas y actores distintos, que merece un análisis aparte? Esa sensación de alienación, inautenticidad, angustia, soledad y fracaso que, con tanta frecuencia, parece embargar al hombre contemporáneo, ¿tiene alguna relación con el sistema o, por el contrario, es algo consustancial a la condición humana?

Obviamente, todo este tema, a algunos, puede sonar a pura cháchara romántica. Para el socialista francés Jean Jaurés, la cuestión social era, lisa y llanamente, “una cuestión de estómago”. Sin embargo, el tema nos parece importante y, por eso, transcribimos este fragmento del ensayo Sociedades de ayer y de hoy del sociólogo francochileno **Luis Mercier Vega**, perteneciente a su libro “**Anarquismo, ayer y hoy**”.

“Durante las últimas décadas, evolucionaron y se transformaron la mayoría de las sociedades. Un poco por la presión de “los de abajo” y mucho por la revolución tecnológica; parcialmente por una mayor lucidez en el pensamiento humano y la toma de conciencia de los ciudadanos y, en gran parte, como resultado de las guerras. (rivalidades entre naciones, competencia entre grupos industriales, conquistas o enfrentamientos militares).

Las relaciones entre las distintas clases, así como las diversas dependencias del individuo, las estructuras y las facultades del Estado, variaron considerablemente. Pero el anarquista puede considerar que esos cambios no modifican esencialmente lo que siempre ha denunciado, es decir, la presión económica, política y social que pesa sobre los trabajadores; la sanción legal de los privilegios; el estado de frustración en el cual se encuentra aquel que es objeto en lugar de ser miembro con sus plenos derechos en la sociedad. Esta reafirmación de solidez en cuanto a

principios no impide que las condiciones mismas de la lucha social estén modificadas, y que haya variado la manera de sentir, sufrir o rechazar la opresión. Lo cual, evidentemente, implica muchas modificaciones en la propaganda y en la elección de los métodos de acción.

(...)

La condición material del asalariado no puede ser el único criterio para medir la importancia del cambio. El hambre se ha vuelto excepcional, la enfermedad ha dejado de ser una calamidad, se tienen algunas comodidades en los hogares, la mujer ya no depende tan exclusivamente de la paga del marido. En muchos sentidos, el obrero goza de las ventajas antaño reservadas a la pequeña burguesía. Puede ser propietario de un automóvil, puede ver la televisión, oír la radio, salir de vacaciones. A veces está en condiciones de adquirir una vivienda, lo cual era el sueño inaccesible de los años anteriores a la segunda guerra mundial. Y, suprema ventaja, está incluso en posición, si es ciudadano de nacimiento o si hace tiempo que vive en el país, de ver a los recién llegados trepar y agitarse para trepar los primeros peldaños de una escala social al término de la cual gozarán, como él, de los últimos inventos de la sociedad moderna.

El ideal, para el obrero, radica en que su hijo abandone la condición obrera, salga de su clase, pase a la categoría de cuello blanco, de empleado de oficina, de profesional. El gran proyecto de emancipación colectiva está reemplazado por la esperanza, más próxima de ascenso individual, si no para el trabajador mismo, al menos para sus hijos. Esto es la mejor demostración de que el asalariado manual considera a su estatuto como inferior y su lugar en la sociedad moderna como subalterno. Es más, aun cuando el obrero, orgulloso de sus capacidades profesionales, soñara con transmitir a sus hijos una herencia de oficio, las revoluciones técnicas se lo prohibirían. Un carpintero, excepto para algunos trabajos de restauración, no puede lanzar a un joven, y a su hijo menos todavía, a una carrera sin porvenir. Un tornero o un ajustador menos todavía.

Pese a todas las mejoras que cambian y elevan su modo y nivel de vida, el obrero sabe y siente que la clase a la que pertenece está condenada a la dependencia. Tal vez tenga una casa en un suburbio o un apartamento de tres habitaciones en una ciudad-dormitorio, pero, probablemente, le gustaría más pagar un alquiler en algún barrio céntrico. Anda en automóvil para no estar confinado en su apartada vivienda, para escapar de la ciudad los fines de semana, para ir a respirar el "aire puro" a cuarenta o cien kilómetros, en compañía de centenares de fugados como él, quienes, tras haber masticado colectivamente al sonido de los transistores, olerán gasolina quemada durante las largas horas de regreso, a paso de tortuga o poco menos. Aunque juega al burgués, siente y sabe que, a fin de cuentas, su automóvil le pesa más de lo que le alivia, que sólo la presión social, el temor de pasar por más tonto que el vecino, lo condena a la apariencia de la comodidad.

La sociedad de abundancia tiende a transformarlo en una vaca de panza gorda,

siempre rumbo a un pastizal vecino. Le prohíbe toda comunidad fraternal pero lo inserta en una maquinaria cada vez más complicada a la que debe someterse. Para cubrir necesidades cada vez más provocadas, en él y su familia, le basta con trabajar cada vez más, acumular horas de sobretiempo, aceptar seguir las colas, cotizar en todas las cajas de seguridad y votar para quienes le garantizarán el mantenimiento del sistema y la ausencia de cualquier cambio fundamental. De allí esta reflexión de un obrero metalúrgico parisiense: “Cuando regreso a casa y cuando el ama de casa y los niños me preguntan sobre el número de horas de sobretiempo, la próxima paga y la manera de gastarla, con sistemas de crédito y catálogos ilustrativos, tengo la impresión de haberme convertido en una máquina traganíqueles”.

Las comunidades obreras, que se formaban por barrios, por oficio, en los locales, en los sindicatos, están desapareciendo. El lugar de vivienda está demasiado lejos del lugar de trabajo; los bloques de alojamiento económico agrupan a familias cuyos intereses divergen y cuyos orígenes son infinitamente variados; los mass mediae incitan a cada individuo o a cada familia a aislarse. La gran empresa también, lejos de favorecer un sentimiento de solidaridad entre los participantes, refuerza los mecanismos. Al salir de la fábrica, los asalariados corren hacia los medios de transporte que los devolverán, esparcidos, a sus respectivos domicilios -o sea a media hora, una hora, una hora y media a veces- en metro, autobuses y trenes supercargados. En el lugar de trabajo, como permanencia, no quedan sino las secciones fijas de las grandes centrales políticas o sindicales. Sólo el taller, el rincón mismo en donde trabaja sus ocho horas, toma, a veces, el aspecto de un medio más cálido, donde tiene su lugar y su importancia y donde los problemas vuelven a cobrar dimensiones humanas.

Las proporciones gigantescas de algunas empresas, la extrema división del trabajo, la complejidad de los procedimientos de fabricación concurren para interiorizar al trabajador, hundirle en el sentimiento de que sólo es una pieza de repuesto en el engranaje. En una manufactura de zapatos, en una fábrica de muebles, en un taller de mecánica, la idea de reemplazar a la dirección patronal por una colectividad de compañeros no era utópica. Las relaciones de clase eran relativamente simples y las fronteras entre expoliados y beneficiarios parecían muy claras. La reivindicación suprema: la toma de posesión del lugar y de los instrumentos de trabajo por los trabajadores, exigía coraje y audacia mucho más que estudios superiores. Pero, en un conjunto de fábricas interdependientes, con producciones programadas desde arriba y funcionando en relación con un mercado movedido, el anhelo de la conquista obrera y la fórmula “todo el poder a los sindicatos” suenan a utopía.

La tendencia a la jerarquización de todas las actividades, a la compartimentación de las tareas, a la separación entre trabajadores “a la hora” y “mensuales”, aumentan evidentemente el fenómeno, ya significativo, de la desbandada obrera. Incluso la idea de una sociedad nueva se encuentra transformada. El socialismo se nos presenta como una mejor organización pero sin un cambio fundamental para “los de abajo”.

Observadores penetrantes como Andrée Andrieux y Jean Lignon, respaldados por su larga experiencia de la condición obrera, resumen muy claramente esta nueva psicología: “La concepción de la sociedad post-capitalista, cuyo militante se hace propagandista, no abre... ante las masas obreras la perspectiva de una vida nueva. Cambiaría su situación material, pero no su situación “existencial”, lo cual sería diferente para el militante; si desapareciera el capitalismo, el militante y las masas dejarían de encontrarse en la misma condición. El militante, aunque no desempeñara funciones administrativas o directivas que lo condujeran del taller a la oficina, sino que permaneciera en el taller como delegado de los obreros, sería, al mismo tiempo, el representante del poder nuevo. Los obreros tienen más o menos conciencia de ello y también el militante”.

En el seno mismo de la clase obrera o, mejor dicho, de las clases obreras o, incluso, del gran conglomerado en forma de pirámide del mundo asalariado, se perfilan los moldes de una posible sociedad nueva, la cual suscita poco entusiasmo. Por reacción, y pese a la evidencia de los problemas técnicos o a la magnitud de los obstáculos, la ruptura profunda con el sistema de las dependencias suena más hondo y toca más íntimamente al trabajador aunque se considere una utopía. En este momento aparece el anarquista, que se dirige al hombre cansado o avergonzado de estar esclavizado, y no tan sólo a la masa, a la mano de obra o a la unidad de las estadísticas.

Sin duda, nunca estuvo la clase obrera tan unificada e indiferenciada como la que presentaban los intelectuales revolucionarios o reaccionarios. Existía, al menos, un conjunto de trabajadores asalariados que formaban una categoría social de características comunes, cuyo papel en la producción era esencial y que se distinguía por su manera de vivir. Las diferencias de salario existían pero no hasta los extremos de crear sectores netamente divididos.

En la actualidad, deberíamos hablar de varias clases obreras. Desde el proletariado “ingresante” -formado, en su mayoría, por emigrados recién llegados, dedicado a tareas duras, difíciles o malsanas- hasta las capas dirigentes que son asalariadas tan sólo por razones fiscales, pasando por los trabajadores de los servicios públicos repartidos o escalonados en categorías, los asalariados de las industrias, pagados según las regiones, los intelectuales especializados de los servicios y laboratorios -inscritos en los mecanismos de producción y sin poder casi sustraerse a ellos para alcanzar a aquellos colegas de la universidad que llegaron a alcanzar funciones directivas.

La jerarquización de los salarios dificulta aún más una conciencia de clase; multiplica las disputas categoriales, fracciona a los sindicatos, favorece los acuerdos entre direcciones -privadas o del Estado- y sectores de asalariados privilegiados. Acentúa más que limita la tendencia al mantenimiento de un subproletariado que sólo recibe limosnas y es fácil de eliminar en caso de crisis o depresión económica, al lado de sectores obreros, empleados públicos y privados enredados en sistemas de

reglamentos complicados, con ventajas que dependen de su docilidad y constancia.

Ya que la división interior de las clases obreras corresponde, por lo general, a diferenciaciones de origen nacional o étnico, especialmente en Europa, es de temer que grandes olas de xenofobia se desaten fácilmente tan pronto como surja la competencia para obtener el derecho al trabajo, cuando no haya más trabajo para todos. Esto reviste un peligro real contra el cual las centrales sindicales no toman medida alguna. Se limitan a publicar imprecisas proclamas internacionalistas pero no tratan de asimilar los grupos importantes de trabajadores extranjeros, muchas veces sometidos a una doble o triple explotación, incluso la de sus propios compatriotas más "vivos". Las únicas excepciones dignas de señalar son las organizaciones sindicales de los metalúrgicos alemanes y los sindicatos de la C.F.D.T. en Francia.

La ausencia de una meta común, de un designio general aunque utópico, en el conjunto de los asalariados, refuerza la importancia de las reivindicaciones puramente cuantitativas y confiere un valor decisivo a la iniciativa de los poderes públicos. Al no tener esperanza alguna en cuanto a la transformación total del sistema económico y de la máquina gubernamental, lo cual implicaría un interés y una intervención voluntaria de cada trabajador, sólo queda por exigir el máximo a un régimen cada vez menos controlable y más lejano, pero que garantiza el desarrollo económico hasta el infinito a condición de que el trabajador se despreocupe de ello.

Al diversificarse, la condición obrera lleva a romper lo que existía -que no era mucho en la práctica, pero sí en símbolo y en moral- de sentimiento de servicio comunitario y solidaridad. La imitación del burgués, aunque sea a escala reducida, hace del obrero un burgués.

Entonces se crea un desequilibrio mental que sólo se descubre en periodos de grandes tensiones, cuando lo evidencian los hechos. El trabajador se siente íntimamente condenado por su suerte; como todos sus esfuerzos no pueden fundirse en un movimiento colectivo revolucionario, no le queda más remedio que adoptar la apariencia de un burgués o de un empresario. Esto es lo que ven o adivinan importantes sectores de la juventud obrera antes de ser integrados, antes de estar ellos mismos envueltos en el engranaje de la vida cotidiana. Su rebeldía, más que un desprecio hacia los viejos, es un odio hacia el conformismo y como un rechazo a la sociedad que les proponen.

Para el trabajador manual y para el técnico -por que existen ingenieros y obreros no especializados-, el sentimiento profundo, ya sea consciente o que aflore con motivo de un conflicto laboral, es que le está concedida la apariencia de un verdadero y completo ciudadano en todos los órdenes de la vida excepto en su trabajo, y esta excepción hace falsas, engañosas y absurdas todas las reglas del juego.

Así, pues, los nuevos rasgos de la sociedad industrial y las características de las sociedades post-industriales constituyen obstáculos adicionales en la búsqueda ya penosa de los medios necesarios para esbozar y construir un mundo libertario. En

cambio, los resultados, las ventajas de la sociedad super-organizada, no son capaces de eliminar el sentimiento de frustración en los trabajadores ni tampoco la necesidad de imaginar una sociedad fundamentalmente distinta. Si no existiese el anarquismo, se inventaría y sería como una réplica a las hipocresías y taras del mundo moderno.”